

Cartas de José Fernando Ramírez a Elorriaga

Aunque el partido de la paz es numerosísimo, especialmente entre los también numerosos y pestilentes fragmentos de nuestro degradado ejército, nadie tiene valor para proponerla, aunque sí tienen todo el suficiente para dejarse sojuzgar sin pelear. Ellos no piden la paz, pero sí se alarman contra toda providencia del Gobierno que tienda a hacer una defensa, y esta populosa ciudad no ve la hora de hacerlo salir de su seno, temiéndolo más que aun apestado. Ayer he recibido dos golpes de desengaño que me han anonadado. El Gobernador de Puebla escribe muy reservadamente al Ministro de Relaciones diciendo que no cuente en manera alguna con que aquella ciudad oponga la menor resistencia al enemigo y que en todo el Estado reina el mayor desaliento, como que ha llevado una buena parte en el desastre de Cerro Gordo. Rangel se presentó al Presidente manifestándole que las tropas rehusaban marchar porque los Yankees eran muchos!!!... Olaguíbel se ha declarado en abierta pugna hace tiempo con el Gobierno haciendo un punto de orgullo de desobedecerlo en todo. El ejemplo ha sido contagioso y otros gobernadores hacen cosas semejantes. Un solo Estado, Oaxaca, se ha manifestado firme, consecuente y aun heroico facilitándolo todo, tropas y dinero, en medio de sus angustias; mas el Congreso, esa malhadada corporación, fuente perenne de males y obstáculos a todo bien, se ha empeñado en destruir aquel pequeño elemento. Su historia es triste y oprobiosa.

[...] Este segundo partido se compone de dos clases de personas, enteramente heterogéneas y yo no estoy muy lejos de pertenecer a una de ellas. Para bien conocerlas es necesario clasificarlas siguiendo el principio que determina sus convicciones. Los unos creen, o afectan creer, por vanidad interés o patriotismo que a la larga podemos triunfar en la lucha expeliendo al enemigo de todo nuestro territorio; o bien que si tal cosa no puede hacerse debemos sucumbir en la lucha con honor, siguiendo el ejemplo de Numancia. En este partido se encuentran filiados los jóvenes ardientes que sólo consultan su entusiasmo y que no teniendo nada que perder ven la esperanza de ganar; a ellos pertenecen también una turba de guerrilleros que peleando por especulación, van a vivir sobre el país, arrasando con lo poco que deje el enemigo para completar el cuadro de desolación; y pertenecen en fin todos los otros por vanidad o por patriotismo, ven como una infamia hacer la paz con un enemigo inicuo que no tenía más que el de su superioridad; bien que constantemente rebajada

y vilipendiada por nuestra vanidad misma, que todavía no cesa de apodarlo con el epíteto de puñado de aventureros cobardes. ¡Tanto peor para nosotros!

La otra fracción de ese partido se compone de dos clases de personas, también disímbolas, pero que tiene punto de unión, siendo común en ambas la creencia de que la continuación de la guerra es imposible, así como la conquista inevitable. Los unos proclaman aquella como un medio de llegar a ésta, con esperanza de sobreponerse a todos sus enemigos acabando con todas las clases propietarias y privilegiadas, para establecer sobre sus ruinas el impero de la libertad; es decir, el de la pura y mera democracia, que suponen o mejor dicho, que creen inseparable de la conquista. A estos pertenecen los que esperan todo lo contrario; es decir, que un gobierno vigoroso protegido por los E[stados] U[nidos] y una numerosa emigración destruirán en breve tiempo hasta los últimos restos de esta sociedad corrompida y degradada, restaurando el orden y la justicia y dando impulso a los innumerables ramos de prosperidad y de bienestar que permanecen estancados en nuestras inhábiles manos. Los primeros llegan hasta lisonjearse de que la ocupación de la capital por los americanos será inmediatamente seguida de la restauración del gobierno de Farías. Con esto sólo digo a Ud. más de lo que pudiera decir en muchos pliegos.

Hay una tercera entidad infeliz y desgraciada como lo son todas las entidades medias, que no tienen conciencia para soplar la guerra por la convicción de nuestra impotencia y por el horror que le inspiran las calamidades y desastres que aquélla va a acarrear sobre nuestro país y las generaciones presentes, inermes y acobardadas; pero que tampoco se determina a proteger la paz temiendo el desorden y desbarato que va a seguir en el interior del país destrozado por facciones enconadas, sin virtud, sin patriotismo y sin instrucción. Preséntaseles en primera fila como un espectro aterrador ese inmenso cúmulo de fragmentos de ejército que esperan la paz para devorar los miserables restos de nuestra moribunda sociedad, y que tanto cuanto fueron inútiles y cobardes para defender el honor y la integridad de la República, serán lobos feroces y carniceros para devorar a los náufragos de la guerra y esclavizar a miserables que apenas podrán tenerse sobre los pies. Ellos y nuestros políticos pigmeos y nuestros tratantes de libertad causan el mismo espanto que los Yankees, y así como un cuerpo impedido por dos fuerzas iguales y contrarias permanece inmóvil, así se conservan estacionarios los que teméndolo todo de la guerra, nada ven de lisonjero para la paz. En este número me cuento yo por mi desgracia, y así permaneceré hasta que un nuevo e inesperado evento venga a hacer inclinar por

algún lado el fiel de la balanza. De Ministro habría quizá determinádome por la paz; arrastrado por el deber de simple particular no soplaré la guerra, pero tampoco la contendré en la parte que me toque, a menos que se verifique la condición propuesta [...].

[...] Todo, todo lo hemos perdido, menos el honor, porque éste hace muy largo tiempo que nos dejó. Los generosos extranjeros que formaban las compañías de San Patricio perecieron en la refriega del puente y los pocos que se salvaron fueron fusilados en el acto por sus antiguos compañeros. Testigos imparciales estiman nuestra pérdida en 3 500 hombres, sin computar la dispersión que ha sido inmensa. La mejor salvada ha sido la caballería por la costumbre, facilidad y medios que tienen para correr. Ciertos cuerpos de ciertos valentones no quisieron entrar en acción.

Ya supondría Ud. que nadie habla de otra cosa que de esta horrible desgracia y para colmo de ellas todos, incluso la gente de tropa, creen que S[anta] A[nna] ha traicionado. Yo me resisto a creerlo, considerando que el lance puede explicarse sobradamente con la inercia y cobardía de nuestros generales y jefes; exceptuado Valencia y algunos de los que lo acompañaron, se han manifestado como han sido, son y serán, cobardes, ignorantes y sin rayo de pundonor; apenas, por su capacidad, dignos de ser sargentos, y por sus cualidades, lo que ya un infortunado poeta nuestro ha dicho de ellos.

Tórtolas en el campo

Buitres en la ciudad...

[...] nuestros vencedores, tan brutalmente salvajes como son, se han portado como no lo hacen en Europa los ejércitos de las naciones que llevan la bandera de la civilización. Esto tampoco quiere decir que todos los días no cometan mil desmanes particulares. Hay aquí un fenómeno de barbarie y templanza que reunió (sic) hace muchos días sin que sea posible ni comprenderlo.

La guerra pública terminó desde el 3er. día de la ocupación, más no así la privada que presenta un carácter verdaderamente espantable. El ejército enemigo merma diariamente por el asesinato sin que sea posible descubrir a ninguno de sus ejecutores. El que sale por los barrios, o un poco fuera del centro, es hombre muerto, y me aseguran que se ha descubierto un pequeño cementerio en una pulquería, donde

se prodigaba el fatal licor para aumentar y asegurar las víctimas. Siete cadáveres se encontraron en el interior del despacho, mas no al dueño. Me aseguran que se estima en 300 el número de los idos por ese camino, sin computar los que se llevan la enfermedad y las heridas. Hará cinco días, que pasó por casa el convoy fúnebre de cuatro oficiales a la vez, conducidos en dos carros. Ha comenzado a manifestarse la peste, y los monumentos que esos sucios soldados tienen repartidos por las calles de sus cuarteles, atestiguan de una manera irrefragable que la disentería los destroza. No he visto jamás una embriaguez más arraigada, más escandalosa, ni más imprudente que la que los domina ni tampoco un apetito más desenfrenado. A toda hora del día, excepto en la tarde que están borrachos, se les encuentra comiendo, y comen de cuanto ven.

El Palacio y casi todos los establecimientos públicos han sido salvajemente saqueados y destrozados; aunque debo decir en obsequio de la justicia que la señal la dieron nuestros indignos léperos. Cuando el enemigo entró a Palacio ya estaban destrozadas las puertas y saqueado. Al tercer día se vendía en el Portal el dosel de terciopelo galoneado en cuatro pesos, y los libros de actas y otros, en dos reales. El infame y eternamente maldecido Santa Anna nos abandonó a todos, personas y cosas, a la merced del enemigo, sin dejar un centinela.

En ésa debe Ud. saber más que yo, ya verá qué horrible es nuestro porvenir. Por conducto del Gobierno le remito unos impresos, dos de ellos para que los conserve como un monumento de la inicua y para nosotros vergonzosa dominación de los Americanos. Lo triste es que el castigo sea merecido [...].

Demolición del Parián

A las siete de la mañana del 24 de Julio de 1843, fueron dados los primero barretazos sobre las paredes del vetusto Parián, habiendo sido destruidos en la madrugada algunos techos; quinientos forzados sentenciados a obras públicas, fueron los que se encargaron de la faena, ayudados por doscientos operarios libres. La primera operación fue quitar el pavimento.

—Ahora el enlosado y una parte de la gente que se dirija a derribar el interior, —ordenó el maestro encargado de la obra de destrucción.

Los trabajos continuaron con ruda tenacidad, y el 30 de Agosto, un mes después de comenzados, siguieron hasta las dos de la mañana a pesar de haber llovido toda la noche, empleándose cerca de dos mil trabajadores en los últimos días, entre barreros y conductores de material.

El 10 de septiembre los curiosos exclamaban desde muy temprano:

—La plaza ha quedado despejada.

—Del Parián demolido no quedan ni los escombros.

En efecto, en el lugar que había ocupado aquel centro mercantil, veíanse doce faroles sobre pies derechos, para derramar luz sobre el espacio que dos meses antes aún cubrían con sus sombras las paredes del Parián. La energía y actividad con que se llevó adelante la empresa, no tenían precedente en nuestra sociedad que durante muchos años no salió del atolondramiento que aquel acto le causara, tan opuesto a la quietud y a la calma que eran el carácter distintivo de nuestros antepasados.

El Gral. Santa Anna había dicho a sus ministros:

—Es preciso que el décimo cuarto aniversario de nuestra victoria contra el último esfuerzo de los hijos de Pelayo, sea solemnizado sobre el terreno en que es tuvo el Parián.

En efecto, la memorable jornada de Tampico fue conmemorada en ese sitio: allí formaron cuatro las tropas que había en la capital y que eran cerca de seis mil soldados que cupieron perfectamente en la plaza mayor, quedando el interior del cuadro tan espacioso, que en columnas cerradas pudo haber contenido doble número de soldados con algún desahogo; una vistosa tienda de campaña ocupaba el centro del cuadro, rodeada por banderas nacionales, pirámides de balas de cañón; en 1829, en las márgenes del Pánuco, se firmaron las capitulaciones entre el Gral. Santa Anna y el Gral. Barradas jefe de la división vencida.

El Presidente Santa Anna, al salir de Palacio, fue conducido a la referida tienda, allí distribuyó premios a los individuos de tropa que se hallaron en la jornada y a la sazón estaban en la capital y que tan sólo eran ya cincuenta y cinco.

Hubo entonces una escena cómica y patética a la vez. Al acercarse el soldado Urbano Venegas, mutilado en aquella acción, le echó Santa Anna los brazos al cuello y dijo con voz emocionada:

—Éste es un valiente patriota. —Las palabras que pronunció salieron de sus labios entrecortadas y algunos de los concurrentes se conmovieron tanto, que de sus ojos brotaron algunas lágrimas y por todas partes se escucharon gritos de júbilo y regocijo que se repitieron cien veces. Después se retiró el Presidente y se asomó al balcón para presenciar el desfile de seis mil soldados que formaron la columna de honor, quedando por fin rematada la obra de la desaparición del Parián.